

VÍA CRUCIS 2020. 50 ANIVERSARIO DE LA PARROQUIA. AÑO DE BENDICIÓN

Primera estación: Jesús es sentenciado a muerte.

Te adoramos oh Cristo y te bendecimos, que por tu Santa Cruz redimiste al mundo

Oh Señor, mi Dios. Sí. Seguimos condenándote, sentenciándote... Cuando condenamos a nuestros ancianitos a estar solos... Cuando ponemos barreras entre nuestros hermanos, padres, amigos, vecinos... Cuando condenamos a nuestros hijos a vivir en un ambiente familiar de temor, angustia, miedo, de pesadillas constantes, de llanto... Cuando nos ensañamos con los pobres e inocentes y los llevamos a la cárcel privados de su libertad. Así, y de mil maneras te condenamos. Perdón, perdón, perdón, mi Señor por estos corazones que no saben amar y enterraron el amor.

Padre nuestro y canto:

Un mandamiento nuevo, nos dio el Señor: Que nos amáramos todos, como Él nos amó (bis)

Segunda estación: Jesús carga con la cruz.

Te adoramos oh Cristo y te bendecimos, que por tu Santa Cruz redimiste al mundo

Introducción tomada del Vía crucis de Juan Pablo II (Viernes Santo año 2000)

Lector 1: La cruz, instrumento de una muerte infame. No era lícito condenar a la muerte en cruz a un ciudadano romano: era demasiado humillante. Pero el momento en que Jesús de Nazaret cargó con la cruz para llevarla al Calvario marcó un cambio en la historia de la cruz. De ser signo de muerte infame, reservada a las personas de baja categoría, se convierte en llave maestra. Con su ayuda, de ahora en adelante, el hombre abrirá la puerta de las profundidades del misterio de Dios. Por medio de Cristo, que acepta la cruz, instrumento del propio despojo, los hombres sabrán que Dios es amor. Amor inconmensurable: «Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3,16).

Reflexión:

Lector 2: Aún a sabiendas de lo humillante que resultaba, del largo y doloroso camino hacia su destino en el Gólgota; sólo, sin amigos que le apoyasen, y tras haber sido maltratado, Jesús agarra el mismo madero sobre el que va a ser clavado instantes después. ¿Y yo? ¿Soy capaz de reunir el valor suficiente como para afrontar las pruebas por las que he de pasar a diario? ¿Reúno la entereza necesaria para beber de ese cáliz de amargura que supone el pasar por las dificultades, dolores y soledades que se me presentan en la vida? ¿Agarro con decisión mi cruz y cargo con ella, o, rehúyo, presa del miedo, mi madero, confiando en que “le caerá a otro mi cruz”? Es dolor, sí; sufrimiento, también; pero no podemos pasarnos la vida huyendo de los mismos como si no existieran. Mis dolores y debilidades, mis meteduras de pata y sus consecuencias, son míos, y he de aprender a pasar por ellos, afrontarlos, y hacerlo con la esperanza de que, aunque no lo parezca, no estoy sólo en esos padeceres. Jesús, guíame y dame valor para, a pesar de tener un horizonte incierto y poco alentador por delante, tenga el valor de agarrar mi cruz y seguirte como tú me pides.

Padrenuestro y canto:

Jerusalén (bis) por las calles de Jerusalén pasa Cristo con la cruz (bis)

Tercera estación: Jesús cae por primera vez.

Te adoramos oh Cristo y te bendecimos, que por tu Santa Cruz redimiste al mundo

Caes, caes... por el peso de nuestros pecados, pero eso no te detiene. Te vuelves a levantar y sigues, sigues, aunque se haga cada vez más pesada esa cruz. Así Señor, nos enseñas que puede haber muchas caídas, pero siempre estarás ahí para levantarnos, para acompañarnos, para decirnos que no estamos solos. Que tú caminas con nosotros y nada será tan pesado ni nos darás cargas que no podamos llevar. Gracias por tus caídas, gracias por tu amor, gracias por tu vida. Ayúdanos a amarte como tú nos amas.

Padrenuestro y canto:

Levanto mis ojos a los montes, de dónde me vendrá el auxilio, el auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra. El auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra (Bis).

Cuarta estación: Jesús encuentra a su madre.

Te adoramos oh Cristo y te bendecimos, que por tu Santa Cruz redimiste al mundo

Introducción tomada de la página iglesia.info

Lector 1: El amor de una madre por su hijo es grande, único y bondadoso. Aún más tratándose de la madre del Altísimo, del Maestro, del más grande, del Rey de Reyes. Un lazo de amor que nada, ni nadie puede quebrantar, por más intento que se hagan de romper sus corazones, su amor infinito y firme permanecer eternamente.

Reflexión:

Lector 2: ¡Qué doloroso debió resultarle a María ver así a su hijo! Maltratado, herido y cargando con lo que va a ser el instrumento de su muerte. Más de una vez he leído aquello de “Ningún padre debería enterrar a sus hijos”; y allí estaba María, Madre sufriente, en primera fila viendo los padecimientos de su hijo; doliéndole cada golpe, cada herida como si se la hubieran hecho a ella misma; y con la impotencia de no poder hacer nada para aliviarle. Ahora con la perspectiva de pasar de ser hijo a ser padre, empiezo a darme cuenta de cuánto debieron dolerle a mi madre cada tropezón y golpe que me daba, el susto y la angustia de ver mi sangre brotar, aunque fuera una herida tonta; y tiemblo al pensar cómo viviré la adolescencia de mis hijos, dándome cuenta de que la mía no fue un camino de rosas precisamente para mi madre. No, no es una exageración eso de que a una madre le duele más que a su hijo lo que a este le pase; y aun así, a pesar de nuestras rebeldías, desprecios, y creernos más listos y mejores, allí están nuestras sufridas madres, al pie del cañón, atentas para acudir en nuestro auxilio aunque no lo pidamos.

María, madre de todos, ayúdanos a reconocer qué grande es el amor de una madre, que sepamos apreciarlo, y aprendamos a no herirla.

Ave María y canto:

Mientras recorres la vida, tú nunca solo estás, contigo por el camino, Santa María va. Ven con nosotros...

Quinta estación: Simón de Cirene ayuda a Jesús a llevar la Cruz.

Te adoramos oh Cristo y te bendecimos, que por tu Santa Cruz redimiste al mundo

Jesús ya no puede más y los soldados ven que o le ayudan, o se les queda por el camino. Y, aunque el resultado sería el mismo, “ha muerto”, parece que lo de ver agonizar y matar en una cruz se les hacía más entretenido. Libranos Señor de la enfermedad de entretenernos con el dolor ajeno curioseando, comentando o haciendo negocio con el sufrimiento de los hermanos dando vueltas a noticias luctuosas o viendo programas degradantes... Consecuencia de esa saña enfermiza es que, camino del Calvario, y para que llegue hasta el final, fuerzan a Simón a coger la Cruz del Señor. El que viene a aliviarnos de nuestras cruces, necesita que le ayuden a Él. Cuántas veces hemos pensado en la suerte del Cireneo por poder estar al lado de Jesús y quitarle algo de peso a nuestro Señor en su camino al Calvario. Si realmente queremos ser Cireneos, estamos a tiempo, porque, la Cruz de Jesús lleva el peso de todas nuestras cruces. ¿Queremos, quiero ayudar a Jesús? Ayuda a tu hermano. Primero, no pongamos más peso a las cruces de los demás con burlas, críticas, juicios, humillaciones.... Segundo, pongámonos a su lado, y ayudémosle a cargar con su cruz. Damos gracias a Dios por tanta gente que en estos 50 años de historia de la parroquia han ayudado a otros desde caritas o desde la lealtad y el brotar sencillo y firme del amor de Dios en los corazones de nuestros mayores... Hoy sigue sufriendo mucha gente, y de un modo muy particular, en estos días de pandemia: Sólo se le cayó una lágrima a aquel hombre cuando movía la cabeza asintiendo para decirme que sí, que era su padre el que había muerto. Y cuánto dolor en esa lágrima y en esa cara indescriptible de tristeza. Y otro hermano, sólo vino nervioso a pedir comida porque, en casa, estaban todos en el paro, y nunca había tenido que pedir. Y otra hermana habla de su pánico y su angustia en la habitación del hospital... incertidumbre, miedo, necesidad de una mano amiga que le dé calor humano y la consuele, y no se sienta una apestada... Qué necesario es, también hoy, Simón de Cirene, para descargar al Señor. Porque todo ese dolor es suyo. Todo nuestro dolor es suyo. Danos un corazón sencillo y generoso, que vea y sienta el sufrir del otro. Que no haga ascos a mancharse de la sangre del que van a crucificar o a contagiarse de los virus del que está crucificado en su angustia. Que no huyamos del dolor por comodidad. Que no seamos insensibles. Que corramos a socorrer al que vemos que necesita nuestra ayuda.

Padrenuestro y canto:

Pon tu mano en la mano de aquel que te da la mano. Pon tu mano en la mano de aquel que te dice ven. El será tu amigo, para la eternidad. Pon tu mano en la mano de aquel que te dice ven.

Sexta estación. La Verónica limpia el rostro de Jesús.

Te adoramos oh Cristo y te bendecimos, que por tu Santa Cruz redimiste al mundo

Este año me tocó la Verónica... Llevo varios años esperando a que me toque ¡Y por fin llegó! Siempre me ha impactado la imagen de esta mujer, recogiendo entre sus manos, con un paño, el sudor, las lágrimas, las babas y la sangre de nuestro Señor. Vuelca en sus manos, sobre un paño todo el amor que sentía por Él. Conmueve mi corazón su sensibilidad, su delicadeza y su valentía. En estos días que nos toca vivir hay muchas manos que ejercen la misericordia, ofreciéndose como paños que recogen con gestos sencillos el dolor, la pena y el miedo de muchos de nosotros. Me abstengo de nombrarlos, porque son muchos y todos ellos valientes, con corazones grandes, capaces de ejercer la tarea de Verónica recogiendo con delicadeza las miserias de nuestro mundo.

Fijaos también en la palabra “puño”. Sólo una letra le distingue de la palabra “pañó”. También me he encontrado estos días con varios puños. La falta de delicadeza, la indiferencia, la apatía, el desinterés por aquellos que sufren de algún modo, hace que seamos puños que arrancan del rostro del hermano más dolor, más sudor, más lágrimas, más babas y más sangre.

Cada uno de nosotros tiene ante sí la posibilidad de poner entre las manos su propio corazón y con él limpiar un poco el sufrimiento de algún hermano.

Es verdad que son muchos los que sufren, pero también es verdad que somos muchos los que tenemos un corazón grande con capacidad para ser bálsamo y consuelo. Y si no... ¡Calla y reza, que esto también alivia!

Toca Señor con tus manos nuestra alma, no permitas que seamos puño y guíanos para ser paño que acoge, arropa, acaricia y limpia el cuerpo, el corazón y el alma de cualquiera de esos tus pequeños, de cualquiera de tus benditas y amadas almas.

Padrenuestro y canto:

Danos un corazón grande para amar, danos un corazón fuerte para luchar.

Hombres nuevos amando sin fronteras, por encima de razas y lugar.

Hombres nuevos al lado de los pobres, compartiendo con ellos techo y pan.

Séptima estación: Jesús cae por segunda vez.

Te adoramos oh Cristo y te bendecimos, que por tu Santa Cruz redimiste al mundo

El corazón de la MADRE palpita con más fuerza. Está entre la gente que bordea el camino de su Hijo. Las mujeres que la acompañan la sostienen. *Yo también estoy ahí.*

JESÚS ya ha caído otra vez. Experimenta la impotencia. Y JESÚS ahí sigue siendo la Luz y el Camino.

¿Me siento interpelado?

Es un ejercicio de fidelidad, de perseverancia, de levantarse una y otra vez.

En estos momentos pidamos para todos, siguiendo a MARÍA, no caer en el miedo, la desesperanza...JESÚS siempre nos indica el camino.

Padrenuestro y canto:

Desde lo hondo a ti grito, Señor. Señor, escucha mi voz. Estén tus oídos atentos, a la voz de mi súplica.

Mi alma espera en el Señor, mi alma espera en su Palabra.

Mi alma aguarda al Señor, porque en Él está la Salvación.

Octava estación: Jesús habla a las mujeres.

Te adoramos oh Cristo y te bendecimos, que por tu Santa Cruz redimiste al mundo

Una de las cosas que más me gustan de Jesús es que siempre va por la vida viendo, y siendo muy consciente de lo que hay a su alrededor. En medio de todo su dolor, se da cuenta de que esas mujeres necesitan consuelo, y actúa. Siempre pendiente de los demás y olvidándose de sí mismo para servir al otro. El gran gesto del lavatorio de los pies y la gran entrega de su vida en la Cruz, son el culmen de lo que ha sido su vida entera: todo un servir y un darse en lo pequeño y en lo cotidiano. Con esta estación tenemos la certeza de que nadie pasa desapercibido a los ojos de Jesús. De nadie se olvida y a todos consuela. Por todos da la vida. Y las mujeres están en el Vía Crucis de Jesús, pero es Él el que viene a nuestro Vía Crucis particular y nos habla al corazón.

Propongo que hoy mostremos nuestro interior a Jesús; que le contemos con sinceridad lo que nos pasa por dentro. Vamos a confesarle nuestros miedos y preocupaciones. Vamos a mostrarle los rincones que necesitan su palabra salvadora. Y vamos también a consolar a Jesús en los hermanos. Convertidos y confortados por el consuelo del Señor, aprendamos de él y pasemos por la vida viendo, siendo conscientes... salgamos de nosotros mismos, de nuestro estrecho carril egoísta y demos la vida que el Señor ha puesto en nosotros. Con esta entrega, vamos a pacificar y levantar a los hermanos que, en nuestros días, andan por los suelos. En este año de bendición damos gracias por todos los que nos han transmitido el consuelo de la fe y nos han dado su vida. Pedimos que se revitalicen nuestros corazones para seguir siendo testigos del amor de Dios en nuestro barrio, acogiendo a todos y celebrando juntos nuestra fe.

Padrenuestro y canto:

Llorando los pecados, tu pueblo está Señor. Vuélvénos tu mirada y danos tu perdón.

Novena estación: Jesús cae por tercera vez.

Te adoramos oh Cristo y te bendecimos, que por tu Santa Cruz redimiste al mundo

Introducción tomada de Aleteia.org

Lector 1: ¿Quién podrá apartarnos del amor de Cristo?; ¿la aflicción?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada?... Pero en todo esto vencemos de sobra gracias a aquel que nos ha amado» (Rm 8,35.37).

San Pablo enumera sus pruebas, pero sabe que Jesús ha pasado antes por ellas, que en el camino hacia el Gólgota cayó una, dos, tres veces. Destrozado por la tribulación, la persecución, la espada; oprimido por el madero de la cruz. Exhausto. Parece decir, como nosotros en tantos momentos de oscuridad: «¡Ya no puedo más!».

Es el grito de los perseguidos, los moribundos, los enfermos terminales, los oprimidos por el yugo.

Reflexión:

Lector 2: ¡No puedo más! Ahora sí que sí; hasta aquí hemos llegado. Me he cansado, estoy agotado de la vida, no me quedan fuerzas, y ya he sufrido bastante. No quiero luchar más, no merece la pena... Seguro que quien más y quien menos, en repetidas ocasiones, ha dicho estas mismas palabras. Tropezón tras tropezón, sufriendo una caída tras otra, con decepciones que se suceden y que hacen plantearse si realmente merece la pena continuar. Tuve la ocasión de asistir a una persona que, harta de tanto padecimiento, se había cansado de vivir, y así me lo manifestó, además de su deseo de acabar de forma activa con tanto dolor; y tuve miedo, sí, de que cumpliera aquella amenaza. ¿Y qué podía decirle yo, si “bastante tenía con lo mío”? Lo fácil hubiera sido desentenderse; no era mi problema, sino cosa suya; y no era plan, hacer mías sus angustias. Pero soy hijo de Dios, al igual que esa persona, y mal hermano sería si me desentendiese; más aún cuando esa persona me ayudó a levantarme en mi enésima caída por el peso de mi propia cruz. Mientras hay vida, hay esperanza; y no es sólo una frase hecha, es una realidad; no podemos buscar soluciones definitivas para problemas que son temporales, aunque así no nos lo parezcan en ese momento. Tropezaremos, nos caeremos y haremos daño, pero no estamos solos en ese caer, tenemos a Dios acompañándonos, alentándonos y prestándonos su fuerza.

Señor, no permitas que nos dejemos vencer por el desánimo y las dificultades; danos fuerzas para seguir levantándonos una y otra vez, por muy duras que se pongan las cosas.

Padrenuestro y canto:

Camina pueblo de Dios, camina pueblo de Dios.

Nueva ley, nueva alianza, en la nueva creación. Camina pueblo de Dios (Bis)

Décima estación: Jesús es despojado de sus vestiduras.

Te adoramos oh Cristo y te bendecimos, que por tu Santa Cruz redimiste al mundo

Lector 1: Lectura del Evangelio según san Juan 19, 23 – 24

“Los soldados... cogieron su ropa, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y apartaron la túnica. Era una túnica sin costura, tejida toda de una pieza de arriba abajo. Y se dijeron: «No la rasguemos, sino echémosla a suertes, a ver a quién le toca». Así se cumplió la Escritura: «Se repartieron mis ropas y echaron a suerte mi túnica». Esto hicieron los soldados”.

Lector 2: Jesús es despojado de sus vestiduras. El vestido, indica la posición social de una persona, le hace ser alguien. Que a Jesús le desnudaran en público significa que Jesús no es nadie, es un marginado, un ser despreciado por todos.

Dinero, bienestar, poder, son los ídolos de todas las épocas. También y sobre todo de la nuestra, que aunque presume de los grandes logros en el reconocimiento de los derechos de las personas, no es menos cierto, que hoy en día todo está en venta, todo se puede comprar, incluso despojando a las personas de su dignidad, de sus derechos y de su esencia espiritual.

A nosotros, en la actualidad, el virus nos ha provocado el mismo efecto que los soldados romanos a Jesús: nos ha dejado desnudos ante nuestra realidad, despojados de nuestro estatus, de nuestras riquezas mundanas; ahora, encerrados en nuestras casas, de nada nos sirven ante los demás las apariencias en las que basamos nuestra vida, nuestras buenas ropas, nuestro mejor coche, nuestras riquezas materiales. Confinados en nuestra casa, en soledad o con nuestra familias nos vemos tal y como somos y cargando con la cruz, la cruz de la enfermedad, o con la cruz del miedo ante esta situación desconocida. ¿Cómo llevo esa cruz? Me desespero o pongo mi confianza en Dios.

Debemos saber ser humildes tanto ante el hermano como ante Dios. Ante los hermanos debemos saber dejarnos cuidar y ayudar por los demás y no querer ser solo el cuidador, el que siempre ayuda a los hermanos. Debemos cuidar y ayudar a todos los hermanos en la medida en la que podamos, incluso con aquellos que no nos caen bien o con los que tenemos enfrentamientos, y todo ello con el mismo amor con el que Jesús miraba a los soldados romanos.

Y, ante Dios debemos ser humildes, sabiendo que somos frágiles y solo podemos ser fuertes si las fuerzas las ponemos en El. Debemos cambiar nuestras vestiduras arrogantes por compasión, bondad, humildad, mansedumbre y paciencia, y solo así nos volveremos a revestir de esa dignidad que Dios nos dio.

Padrenuestro y canto:

Pueblo mío, qué te he hecho. En qué te ofendido, respóndeme (Bis).

Undécima estación: Jesús es clavado en la Cruz.

Te adoramos oh Cristo y te bendecimos, que por tu Santa Cruz redimiste al mundo

Hoy que estamos viviendo días de dolor y angustia nos damos cuenta de cómo pudo padecer Jesús al ser clavado de pies y manos en la Cruz. También hoy somos muchos los que nos encontramos clavados en el lecho del dolor, en hospitales, en asilos de ancianos e incluso en nuestros hogares. Es

tiempo de días amargos, de soledad, de prueba e incluso de desesperación, y nos asemeja a Jesús que, en determinado momento, sintió que Dios lo había abandonado. Pero no es así; aquí hay muchas personas que luchan para combatir el virus. Tenemos que hacer que nuestras manos nunca sean como las de los verdugos y clavar en la cruz a nuestros hermanos, sino que sea siempre para atender, consolar, cuidar y acompañar a los enfermos. El virus llegó así, tan de repente, sin permiso, de improvisto y alteró nuestras vidas poniendo duras pruebas, volviendo lo dulce amargo, la felicidad en tristeza... Si tenemos junto a nosotros alguien cercano en la enfermedad, puede convertirse en un mal sueño, pero hay que afrontarlo con amor, como lo hizo Jesús, que soportó todo el calvario porque nos ama. Así, nosotros debemos poner todo este sufrimiento en manos de Cristo crucificado y resucitado. Comprenderemos entonces que, lo que humanamente parece una condena, puede transformarse en un milagro.

Padrenuestro y canto:

Véante mis ojos, Dulce Jesús bueno, véante mis ojos muérame yo luego.

No quiero contentos mi Jesús ausente, que todo es tormento a quien esto siente.

Sólo me sustente tu Amor y deseo, véante mis ojos muérame yo luego

Duodécima estación: Jesús muere en la Cruz.

Te adoramos oh Cristo y te bendecimos, que por tu Santa Cruz redimiste al mundo

Lector 1: Desde la crucifixión hasta la muerte transcurrieron tres largas horas que fueron de mortal agonía para Jesús y de altísimas enseñanzas para nosotros. Desde el principio, muchos de los presentes, incluidas las autoridades religiosas, se desataron en ultrajes y escarnios contra el crucificado. Poco después ocurrió el episodio del Buen Ladrón a quien dijo Jesús “Hoy estarás conmigo en el paraíso”. San Juan nos refiere otro episodio emocionante: viendo Jesús a su madre junto a la cruz, y con ella a Juan, le dice a su madre “Mujer, ahí tienes a tu hijo” luego le dice al discípulo “Ahí tienes a tu madre” y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa. Después de esto, nos dice el mismo evangelista, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido dijo “tengo sed”, bebió el vinagre que le acercaron y añadió “Todo está cumplido”. Inclinando la cabeza, entregó el espíritu.”

Lector 2: Jesús, por amor a la humanidad, aceptaste la voluntad del Padre Eterno resignando en sus manos tu espíritu para inclinar después la cabeza y morir. En estos momentos los que estamos viviendo una pandemia a nivel mundial, en la cual, la debilidad nos hace más humanos y nos acerca más al Dios de Jesús, podemos descubrirte, mi Señor Jesús, viendo cómo mueres sin que nadie pueda agarrar tus manos; darte un beso, abrazarte para que no sientas miedo... Oh, “inocente cordero mío”, hay tantos Cristos inocentes en los hospitales del mundo, en las calles, muriendo en esa soledad por culpa de quienes quieren ser dioses y dueños de un mundo que ya tiene dueño. Mi Señor, somos tan incapaces de amarte en nuestros hermanos... Volvemos a crucificarte, a llevarte a la cruz crucificando a nuestros hermanos...

Lector 1: Por otro lado, estamos viviendo también personalmente días largos, días tristes, días en los que un rayo de luz, de esperanza se divisa en lontananza... Seguimos con nuestra fe, con nuestras plegarias, invocando a un Dios que todo lo puede y a un Cristo de la Paz que acoge a sus hijos en momentos de confusión, de angustia, de agobio, de incertidumbre, de dolor... Y nos preguntamos ¿qué hemos hecho para merecer esto? He pasado de un estado de pánico a otro de miedo, oigo voces de mis seres queridos que me acongojan cada vez más... No salgas.... No entres.... No vayas.... No vengas... Y escucho noticias que cada vez me hunden más en mi lucha diaria por

dejar a un lado la tristeza que me embarga. Mis mejores momentos del día son la Eucaristía del convento y la de mi parroquia. ¡¡Cuánto bien nos están haciendo!! También me alegra ver a las 8:00 a todos mis vecinos aplaudir a esos héroes anónimos que nos están salvando la vida a cambio de nada... ¡¡Qué grandes!! Poniendo en peligro sus vidas y no les importa nada. Nunca tendremos tiempo suficiente para agradecerse... Esto algún día va a acabar, pero no puede pasar sin dejar huella. Nada volverá a ser lo mismo, hay muchas cosas que cambiar: una sociedad renovada, convertida, donde prime menos lo material y salgan a flote los valores que tenemos, pero que a veces están dormidos

Lector 2: A lo largo de la historia del mundo ha habido muchas pandemias y han podido salir gracias al esfuerzo a la voluntad y a la capacidad de resistencia que Dios pone en cada uno de nosotros, y que nosotros ponemos en juego. Ojalá salgamos de esta crisis más solidarios, más sensatos y volvamos la mirada y el corazón a Dios. Que nos dejemos convertir por la actitud propia de Cuaresma y que la conversión sea una renovación de nuestros corazones. La humanidad se tiene que mover para que desde nuestra fragilidad, nuestros miedos y nuestras inseguridades nos encontremos con ese Dios compasivo y misericordioso que sabe lo que nos preocupa y que no va a abandonarnos nunca. Ese Dios que muere en la Cruz con nosotros pero no con una muerte eterna, sino para ofrecernos una nueva vida, y hacernos resucitar con Él.

Padrenuestro y canto:

Oh Cruz, te adoramos, Oh Cruz, te bendecimos. De ti, viene la Vida. De ti, la Salvación.

Decimotercera estación: La Virgen María recibe el cuerpo de su hijo.

Te adoramos oh Cristo y te bendecimos, que por tu Santa Cruz redimiste al mundo

Cuando Jesús murió fue bajado de la cruz y su madre lo recoge en su regazo, con su corazón destrozado, le da su último beso. La muerte no puede vencer el amor que ella siente. Es una escena desgarradora, pero nos deja ver que el amor verdadero y puro es perdurable. En esta trágica entrega, se mezclan lágrimas y sangre, como está pasando en estos momentos en el mundo. Muchas familias sufren pérdidas imprevistas y dolorosas creando un vacío insalvable sobre todo ahora que no pueden estar con sus seres queridos; incluso en muchos casos no pueden despedirse de ellos... Nos sentimos derrotados, pero tenemos que actuar como el cuadro de María y Jesús: con piedad, es decir, acercándonos a los hermanos que están en luto, los que están sufriendo en sus casas, y los enfermos en los hospitales; es una caridad muy grande cuidar de quien está sufriendo en el cuerpo herido, en la mente deprimida, el ánimo desesperado... Amarnos hasta el final es una enseñanza que nos dejaron María y Jesús en el abrazo del Dios muerto y la Virgen Dolorosa.

Ave María y canto:

Ruega por nosotros amorosa madre para que tu Hijo, no nos desampare.

Bien veo Señora, madre de mi alma que por mis pecados, lágrimas derramas

Decimocuarta Estación. Jesús es sepultado.

Te adoramos oh Cristo y te bendecimos, que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Jesús, tras entregarse al Padre, fue envuelto en una sábana y fue colocado en un sepulcro que fue cerrado con una gran roca. Mientras estuvo en el sepulcro, no se limitó a vegetar ni a esperar el

siguiente paso, sino que descendió a la profundidad de la muerte, incluido el infierno, para vencer a la muerte y llevar esperanza y vida a todos los que habían dejado este mundo.

En la actualidad, teniendo en cuenta la situación que estamos viviendo en el mundo entero, aislados en nuestras casas, unas veces con compañía y otras sin ella, gran parte de nosotros hemos entrado en nuestro sepulcro particular donde nos sumergimos en la oscuridad y damos la espalda a la luz de la vida, que es Dios.

A renglón seguido colocamos una gran roca hecha de miedo, desconfianza al otro; desesperanza en el futuro, pena por los que se están yendo y angustia por las limitaciones materiales.

Pero nuestro sepulcro no es tal, sino que lo construimos nosotros. No estamos solos, Jesús nos acompaña y nos sostiene más intensamente cuando la situación es más triste y el sufrimiento es más profundo. Jesús ilumina el agujero donde nos metemos; nos procura sus cuidados, de la forma en que siempre lo ha hecho, de una manera sencilla y sin alaracas. Y nosotros nos empeñamos en seguir en la oscuridad, apagando cualquier fuente de luz que nos rodea.

Debemos seguir el ejemplo de Jesús, aprovechar este encierro no para enterrarnos en vida, sino para llevar la esperanza y la vida allá donde lleguemos, sobre todo a los que más cerca nuestro están; mirar dentro de nosotros y volvernos hacia el Padre, de verdad, de corazón reconociendo todas las buenas cosas que Dios me procura y me pone cerca, dando una oportunidad al amor que como Padre nos profesa, camino a la resurrección.

Señor, te pedimos que no permitas que caigamos en la desesperanza y el pesimismo de los encerrados y, tal y como tu hiciste cuando te depositaron en el sepulcro, que este encierro que vivimos, sea un momento para dar esperanza y vida a todos aquellos que están alejados de Ti o que te rechazan.

Padrenuestro y canto:

*Tú nos dijiste que la muerte no es el final del camino,
que aunque morimos no somos carne de un ciego destino.
Tú nos hiciste, tuyos somos. Nuestro destino es vivir
siendo felices contigo, sin padecer ni morir.*

Oración:

Te damos gracias Señor por tu entrega por nosotros. Ayúdanos a vivir nuestro viernes santo con la mirada puesta siempre en la Resurrección.

Te lo pedimos a ti que vives y reinas con el Padre en la unidad del Espíritu Santo y eres Dios por los siglos de los siglos.

Bendición